

## CAPÍTULO 24

*MADDOX...*

**D**esmonté de un salto y mis botas se hundieron en un charco de fango. Epona resopló, muy indignada porque fuera a dejarla atada a un poste podrido en el exterior de una taberna de mala muerte. Estábamos a las afueras de Ilca y habíamos recorrido cientos de kilómetros bajo las lluvias primaverales, día y noche.

Sin resultados.

Después de casi dos semanas recorriendo lugares de dudosa moral y hablando con toda clase de rufianes y oportunistas, Epona estaba lista para regresar a casa. A Ailm. Yo también, sinceramente. El tiempo que las chicas y yo robábamos a la Academia y a la Cacería siempre era sagrado. Eran días que podíamos pasar en el castillo de Sutharlan y en los que yo no tenía que fingir que era Setanta. No había una guadaña pendiendo sobre mi cabeza constantemente. Comía en una mesa abarrotada, entre risas y amor, arropado por mis seres queridos.

Estorera lo que me daba fuerzas para regresar al palacio una vez más.

Pero también lo que se convertiría en remordimientos y recuerdos que me llevaría a la tumba cuando nuestro plan se cumpliera. Y por los rumores que me estaban llegando desde la Corte, no fal-

taba tanto para eso. El rey parecía estar preparando una sorpresa para el Teu Biadh. Un anuncio especial.

Y yo sabía cuál sería.

Epona me golpeó el pecho con el morro, dispersando mis sombríos pensamientos.

La acaricé, evitando el punto en el que tendría que estar su cuerno. La magia lo ocultaba, pero estaba ahí. Y no me apetecía quedarme sin dedos por tocar lo que no debía.

—Última parada, lo prometo —murmuré.

Me relinchó en la cara.

—A mí tampoco me hace gracia, mo peinh. Prefiero clavarme la lanza en el puto pie antes que hablar con este gilipollas otra vez.

Me calé bien la capucha antes de entrar a la taberna El Barón Senil. Me recibió el calor agobiante de tres chimeneas, una algarabía llena de insultos y risotadas y un tufillo no del todo agradable que debía desprender alguna clase de guiso. Aquella clase de establecimientos no eran conocidos por su buena comida o su excelente cerveza, sino por su clientela.

Y lo que esta traía consigo.

Decenas de pares de ojos desconfiados se posaron en mí. Algunas conversaciones se atenuaron y un par de hombres se escabulleron con rapidez por la puerta trasera. No llevaba la insignia de la Cacería Salvaje puesta, pero el uniforme estaba demasiado reluciente como para engañar a los más astutos.

Por suerte para muchos, no estaba allí en calidad de capitán de la Cacería.

Estaba allí como macho drakon completamente deslumbrado por su compañera y que haría lo que hiciera falta para hacerla sentir mejor.

Localicé a Óberon y Compañía en una mesa próxima a la chimenea pequeña. Los tres fae estaban solos, algo extraño, compartiendo bebida y sin causar mucho escándalo. Con los encantamientos encima, parecían tres jóvenes pendencieros que buscaban una noche dulce y una resaca amarga.

El capullo de Óberon me reconoció a pesar de la capucha y el cubreboca, claro. Sus trenzas color ceniza se balancearon cuando inclinó la cabeza.

—Mirad quién se ha dignado a pisar los bajos fondos, chicos —canturreó. Estaba bien repantingado en la silla, con una pierna estirada y la otra flexionada. La jarra en su mano estaba medio vacía—. Recordad este día.

Persimmon, con su cabello oscuro y ojos risueños, me sonrió.

—¿Te invitamos a sentarte o tenemos que acompañarte fuera, capitán?

De los tres, solo Óberon sabía quién era yo en realidad. Conocía mi verdadero nombre y hacía dónde me conducía la vida inexorablemente. Era la única persona que, sabiendo lo que me esperaba, jamás me miraba con lástima. De hecho, siempre había un rencor mal disimulado en él que me hacía pensar que estaba deseando que el rey abdicara y tuviera lugar la coronación.

Le entendía. Así la muerte de su padre tendría un poco de sentido.

En cuanto me senté, la tabernera me plantó una jarra en las narices y se marchó. Allí no había clientes que no consumieran.

—No os pongáis nerviosos. —Me aparté el cubreboca y sonreí a los tres—. Vengo como amigo.

—Por las tetas de Taraxis —suspiró Meadow—. No sé qué es peor. Prefiero que intentes detenerme.

Di un sorbo al whiskey e hice una mueca. Joder, estaba asqueroso. Pero la taberna estaba a rebosar, no cabía ni un alfiler. Eso me hizo preguntarme cuál era la verdadera mercancía que se movía allí. ¿Objetos prohibidos? ¿Opio? ¿Información?

Estaba seguro de que la mitad de los presentes eran sidhe ocultos. Yo incluido.

Óberon tamborileó los dedos, largos y pálidos, sobre la mesa.

—Me encantaría saber qué te ha hecho separarte de tu preciosa amiga. Parecías muy territorial la última vez.

Intenté no perder la sonrisa. Había sido demasiado obvio en Ná Siog. En cuanto Óberon había intentado tocar a Alanna no había podido evitar tumbarlo. Me dije a mí mismo que no había sido exactamente por celos. Había sido por ella. Porque sabía que algo extraño le sucedía cuando sus manos tocaban personas u objetos.

Lo había percibido el día que llegamos al castillo; sus dedos habían rozado la pared de los establos y un velo había cubierto sus ojos. Y me había quedado claro en el dolmen, cuando la había tocado para ayudarla en la oscuridad y su corazón se había acelerado. Y no del modo que a mí me hubiera gustado.

Por ninguna puta razón iba a permitir que el zalamero de Óberon le pusiera las manos encima.

Y él se había dado cuenta, por supuesto.

—¿Qué sabéis de Morrigan? —pregunté.

—¿Qué tenía que hablar una chica tan peculiar con Fionn El Inconmovible? —contraatacó el fae.

Sus fríos ojos grises estudiaron los míos, dorados.

—Eso es asunto de ella.

—Ah, tú tampoco lo sabes, ¿eh? —Se inclinó hacia delante, todo dientes y burla—. ¿Qué? ¿Te oculta cosas? Debe ser un sentimiento extraño para ti.

Me recliné contra el respaldo de madera, que crujió bajo mi peso. Estudié tranquilamente al fae. Persimmon y Meadow nos observaban, entre aburridos e intrigados. Nos habían visto pelear tantas veces que ya habían agarrado sus bebidas y retirado un poco las sillas, preparados para cualquier eventualidad.

—Necesito cualquier información sobre los movimientos de Morrigan en las últimas semanas. A cambio, te daré lo que quieras.

—Quiero la cabeza del puto rey —susurró Óberon.

A Persimmon se le escapó un suspiro.

—La tendrás —dije en voz baja—. Lo sabes.

—Vuestro plan es una mierda. Hay mil cosas que pueden salir mal.

—Sé que me tienes mucho aprecio y que no quieres despedirte de mí, Beron. Pero ocurrirá. Más pronto que tarde, si los rumores son ciertos.

Sus amigos, o secuaces, no tenían ni idea del trasfondo de nuestras palabras. Algo debían sospechar, claro. La relación de Óberon conmigo siempre había sido tensa y ellos no sabían cómo había empezado todo.

Siendo dos niños rotos y tristes. Así había empezado.

Algo cruzó por los ojos del fae. Algo... oscuro.

—Eso espero. —Dio un trago largo a su whiskey y estampó la jarra en la mesa—. Nadie sabe nada real sobre Morrigan. Eres consciente de ello. ¿A qué vienen tantas pesquisas? Te han visto ir pueblo tras pueblo desde el sur de Ailm.

Meadow asintió. Sin encantamientos, sus rizos serían verdes, no castaños. Y solo le haría falta un gesto de la mano para apagar todas las chimeneas de aquella taberna.

—Donde más tiempo pasa es en la Corte, al servicio del rey.

—Solo acude cuando no queda más remedio —gruñí.

—¿Para qué la necesitas? —inquirió Persimmon—. No es el alma de la fiesta. Una vez la vi de cerca, y sus ojos...

Reprimió un escalofrío.

Sí, los ojos de Morrigan eran extraños. A veces oscuros, a veces azules. A veces ambos al mismo tiempo.

Tan misteriosos y cambiantes como ella misma.

—¿Sabéis de alguien que pueda darme información? Pagaré lo que sea.

Los tres intercambiaron miradas. No vi falsedad, sino curiosidad.

—Intuyo que esto está relacionado con la chica de los ojos bonitos. Alanna, ¿verdad? Ember no para de hablar de ella. Dice que la

ayudó, que encontró la luz en medio de toda la mierda y la oscuridad.

Apreté los labios. No tenía ni idea, pero, por algún motivo, no me sorprendía. Ember era la hermana mayor de Tali, la niña que Alanna y yo habíamos encontrado cruelmente asesinada en el bosque de Sporain. Había sido la primera víctima del Dullahan tras despertar y a la pobre chica le habían arrancado la columna vertebral.

Había visto los ojos de Alanna al descubrir el cadáver. La estupefacción. El dolor. La rabia.

La empatía, pensando en su propia hermana pequeña.

Me puse en pie, colocándome el cubreboca.

—Si averiguáis algo, enviad un mensaje al castillo. —No hacía falta que especificara, sabían que me refería al castillo de Sutharlan—. Pagaré lo que sea necesario siempre que la información llegue antes del Teu Biadh.

Necesitaba algo que alejara a Alanna del palacio. Y si encontraba a su hermana a tiempo, ella jamás tendría que pisar aquellas sanguinarias paredes de mármol ni exponerse al peligro.

Óberon habló a mi espalda.

—¿Es cierto lo que dicen?

Me giré a medias hacia la mesa.

—Sí. Soy así de grande. No os sintáis mal.

Óberon sonrió con sarcasmo.

—Las viejas del pueblo. —Se cuidó mucho de no decir el nombre de Ná Siog, obviamente. El pueblo era el mayor tesoro de quienes lo conocíamos—. Tante. Los niños. Dicen que ella es tu...

Mis ojos llamearon.

—Cuidado, Beron.

El fae se echó a reír, un sonido grave y satisfecho.

—Joder, estás perdido. Tu vida es una puta ironía.

Le dediqué una sonrisa amplia.

—Le daré saludos a Veleda de tu parte. —Eso cortó su risa de inmediato—. Seguro que está deseando saber de ti.

Meadow se golpeó el frente contra el borde de la mesa.

—Diosas, yo solo quiero beber y dormir calentito esta noche. Sed misericordiosas.

Persimmon puso una mano en el hombro de Óberon, que me estaba asesinando de múltiples maneras con la mirada.

—Esta taberna está a un viento leve de derrumbarse. No es el lugar para vuestros escarceos amorosos, chicos.

Tenían razón y a mí no me apetecía redecorar la cara de cretino de Óberon. Les hice un gesto obsceno y me marché.

—¡Puede que os haga una visita! —exclamó Óberon, rabioso.

Ojalá. Estaba deseando ver la reacción de Veleda. Mi amiga era tranquila, pero escondía un carácter fogoso.

Epona empezó a cocear al verme, ansiosa por regresar a casa.

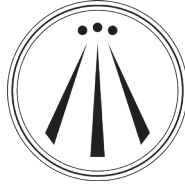
Yo... no lo estaba tanto.

Había desperdiciado dos semanas y volvería con las manos vacías. Me había marchado sin decirle nada a Alanna para no crearle falsas esperanzas, pero de verdad había esperado averiguar algo. Poder ver sus preciosos ojos violetas iluminarse al decirle que tenía pistas sobre el paradero de Caeli.

Monté sobre Epona de un salto con el ánimo por los suelos. Solo había estado alejado de ella mientras la duquesa la entrenaba para enviarla a la muerte.

Menos mal que Alanna no quería saber nada sobre el vínculo. Era un compañero de mierda.





Aquella noche me acurruqué en el granero vacío de un caserón abandonado. Epona me permitió acercarme para compartir el calor después de darle las uvas que me quedaban en el morral.

Con su vientre suave subiendo y bajando contra mis piernas, me dormí.

Y soñé algo jodidamente espectacular.

*Visitar Dagarth en mis sueños siempre es un regalo. Pwyl dice que debe haber un conocimiento instintivo en mi interior, en mi alma drakon, que me permite visualizarlo. Porque mis antepasados surgieron de estos volcanes. Nacieron de esta arena y esta lava, y esto está impregnado en mi sangre.*

*Cuando estoy aquí, así, puedo tocar, oler y respirar la isla en la que nací.*

*La isla que nunca conoceré.*

*Me siento en la arena caliente, de cara al mar, y me recreo todo lo posible. Aquí soy yo mismo, Maddox, el que podría haber sido si Hibernia fuera un reino distinto. Si no hicieran falta sacrificios y gente valerosa para cambiar las cosas. Así que tengo mis alas, siento la arena entre los dedos de los pies, y el salitre me inunda los pulmones con cada respiración.*

*Nunca veo a nadie aparte de mí mismo, por eso me sobresalto cuando la brisa salada me trae un olor distinto.*

*Olor a océano y fresno.*

*Mi corazón aletea y mis alas se quedan rígidas. Alanna está caminando hacia mí desde un extremo de la playa y por un momento me pregunto si en los sueños se pueden tener alucinaciones. En cualquier caso, no tengo quejas.*

*En especial, teniendo en cuenta el maldito vestido que lleva puesto. Sí, es un sueño. Una fantasía. Una diosa de cabellos oscuros y ojos de amatista que se me acerca con tranquilidad. El corte de la falda es atrevido y sus piernas asoman casi por completo con cada paso. El deseo bulle en mi interior, en especial por sus clavículas expuestas.*

*Los nudos perennes están ahí. A la vista.*

*Mi marca.*

*El patrón de mis escamas en su piel.*

*Intento detener el torrente de pensamientos posesivos que me invade. Es difícil.*

*Cuando se detiene frente a mí, no sé ni qué decir. Podría morir-me solo contemplándola, decido.*

*—¿No te duele? —pregunta ella. Está observando mis alas.*

*Es su voz. Tal y como la recuerdo, suave y comedida. Toda ella es arisca y afilada, dura, preparada para hacer frente a lo que sea. Pero sus ojos y su voz siempre son dulces. Aunque estoy seguro de que no le gustaría que se lo dijera.*

*Parece tan real que...*

*Deslizo la mirada hacia el lugar por el que ha llegado. Sus huellas empiezan justo allí, en medio de la playa.*

*Ha aparecido aquí..., como yo.*

*Una lenta sonrisa curva mis labios al darme cuenta de lo que está pasando. Mi corazón se acelera. Ella me ha encontrado. Probablemente sin querer, sin saber lo que está haciendo, pero me ha encontrado en mis sueños.*

*Está utilizando el vínculo.*

*El furor me recorre.*

*Sacudo las alas.*

—Están hechas de una membrana mucho más flexible de lo que parece, por eso tenemos un gran control en nuestros vuelos —explico. Me abstengo de decirle que no lo sé por mí mismo. Nunca he tenido las alas el tiempo suficiente como para aprender a volar como es debido y es un peso en mi alma. Pero ahora no importa. Ahora ella me está mirando abiertamente, sin esconderse, sin recelo—. ¿Quieres comprobarlo?

*Estiro un ala hacia ella, invitándola.*

*En lugar de retroceder, como estoy seguro de que haría en cualquier otra circunstancia, acerca los dedos. Contengo el aliento hasta que me toca las falanges, la parte más dura. Un rayo me atraviesa de arriba abajo y, joder, me esfuerzo para no gemir.*

*Empiezo a endurecerme bajo los pantalones. Sus dedos se deslizan con suavidad, su expresión es puro embeleso al rozar la membrana inferior. La caricia repercute por todo mi cuerpo y tensa mis testículos.*

—Es muy suave —susurra.

*Cuando se sienta a mi lado, aprieto las manos con fuerza y ordeno a mi cuerpo que se calme. Mi miembro no va a obedecer. Va por libre desde que conocí a Alanna. Una sonrisa más amplia de lo normal, una mirada un poco más intensa, y acabo con una erección que dura horas a no ser que me haga cargo de ella.*

*Me he tocado más en las últimas semanas que en toda mi adolescencia, joder.*

*Alanna observa la playa y el océano, deslumbrada.*

—Este lugar es extraordinario.

*Yo, en cambio, la observo a ella. Dagarth pasa a un segundo plano muy poco interesante en comparación.*

—¿Sabes dónde estás? —pregunto.

*Esboza una sonrisita, como si me encontrara divertido.*

—¿Tú sí?

*Bien, está claro que no tiene ni idea. Debe pensar que es ella la que está soñando. Y es así... en parte.*

—Este es mi hogar. Dagarth.

*Frunce el ceño.*

—¿Por qué iba a ir a tu hogar en mis sueños, si nunca lo he visto antes?

Sonrío. Muy buena pregunta. Me apoyo en la arena para inclinarme hacia ella, hacia su olor, sus ojos, la energía que emite y de la que no es consciente. Brilla de un modo... Joder, no sé cómo ha pasado desapercibida tantos años. Hay algo en ella que es innegable. Algo que no puede taparse con magia, mentiras ni ropajes feos.

No está en sus rasgos, aunque me parece puñeteramente preciosa.

Está en la forma en que pestañea y observa. En el rizo escondido en las comisuras de sus labios, como si tuviera tendencia a reír y se lo prohibiera a sí misma. En el pequeño suspiro al probar los deliciosos estofados de Hop. En su determinación inquebrantable para encontrar a su hermana.

Esa determinación me hace desear ser alguien por quien ella lucharía así. Alguien a quien defendería con uñas y dientes. Sería glorioso.

Al hablar, nuestros alientos chocan. Me está mirando los labios de una forma que me hace muy complicado el comportarme. La brisa del mar revuelve sus cabellos, oscuros y ondulados.

—¿Quién ha dicho que estemos en tus sueños?

Levanta la mirada de golpe.

—Nada de esto es real —susurra.

Como si tratara de convencerse a sí misma. Está horrorizada. Sabe que, si es real, se ha mostrado simpática y abierta conmigo. Me ha tocado. Me ha observado como si estuviera deseando que la besara.

Me río. Seguro que tampoco apreciaría que le dijera que, a veces, es graciosa. Alanna no quiere ser graciosa, sino imponente.

Pero es todo eso y más.

Capturo unos cuantos mechones sueltos y los coloco tras su oreja. Ella no se mueve cuando deslizo la mano hacia su mejilla. Solo me mira. Atascada en este momento, como yo.

Clavo la mirada en su boca, suave, plena y un poco húmeda. Imágenes obscenas cruzan por mi mente y una gota de líquido preseminal se me escapa.

—Creo que ahora me toca a mí visitarte, me muero de ganas por saber adónde me llevarás. Y te advierto algo. —Acaricio la comisura de sus labios y noto cómo contiene la respiración—. La próxima vez que te aparezcas en mis sueños, no seré un caballero ni dejaré que mantengas ese vestido mucho tiempo sobre tu cuerpo.



## CAPÍTULO 42

*MADDOX...*

**M**e removí sobre mis propios pies, intranquilo. Era un precioso día de primavera en Éire. Todavía quedaban restos del Teu Biadh en algunas callejuelas. Banderines olvidados, coronas de flores rojas en las puertas de los negocios.

El recuerdo más patente era el boquete negro entre dos edificios de la Calzada Luachra, del que sobresalían afilados cascotes y en cuyo interior todavía flotaba el polvillo.

La sastrería había volado por los aires el día del desfile, llevándose consigo a varios espectadores, volcando un carruaje y propiciando que un grupo de desesperados intentara secuestrar a Alanna.

La calzada y los aledaños habían sido limpiados a conciencia; los soldados del reino se esforzaron para que todo rastro de aquel intento de sabotaje desapareciera con rapidez. Como si cuanto antes solucionaran el desastre, antes se fuera a olvidar la gente de su significado, de lo que había detrás.

Parecía que funcionaba, como siempre. Los habitantes de la capital sonreían de camino a sus quehaceres... o a donde fuera. La mayoría no tenían nada a lo que dedicarse más allá de pasear, gastar potines en fruslerías y exhibirse.

La brisa fría trajo consigo un deje a gardenias.

Estornudé con fuerza y el dragón gruñó, disgustado.

La primavera era una soberana mierda.

Para colmo, algo no estaba del todo bien. Como si mi cuerpo decidiera por sí mismo, rotaba mis hombros hacia delante y hacia atrás cada cierto tiempo. Abría y cerraba los puños, sosteniendo aire.

Había algo que no encajaba. Pero no sabía qué diablos era. No debería haberme alejado del palacio, pero si no acudía a escuchar el informe de los soldados, podrían sospechar.

Alanna estaba bien. El plan era sencillo. Entraría, participaría un rato del cumpleaños de Bran fingiendo que estaba extasiada por la invitación y, mientras tanto, nosotros averiguaríamos cuándo llegaba Morrigan, dónde trasladaban a Caeli y la rescataríamos.

Al final de ese puto día, las hermanas se reencontrarían. Me lo había jurado a mí mismo. Alanna no tendría más pesadillas por Caeli.

Algo se removió bajo mi piel, como una advertencia, y torcí el cuello. El crujido hizo que todos me miraran.

—¿Capitán? —indagó uno de los soldados, un tanto inquieto.

Setanta era un capitán cruel. Impartía justicia a conveniencia. Mataba soldados por poca cosa, como insubordinaciones menores y pequeños deslices.

Gruñí.

—Sigue y acaba ese informe rápido.

Se apresuró a obedecerme. Gwen y Sage me lanzaron miradas de reojo. Percibían la inquietud que bullía bajo mi apariencia tranquila, severa.

Se habían acostumbrado a leerme así, entre líneas, a través de gestos casi inconscientes. Años y años de amistad, secretos y muchas cosas turbias habían hecho que me conocieran casi mejor que yo mismo.

Y sabía lo que sospechaban. Creían que, por las razones que fueran, estaba al borde de una *ríastrad*. Si no estuviéramos en plena calle y rodeados de soldados y civiles, podría tranquilizarlas diciéndoles que no se trataba de eso.

No, no era una fiebre draconiana.

Y los nudos... Latían y ardían, sí, pero no habían dejado de hacerlo desde lo que Alanna y yo habíamos compartido en Beltane. El dragón en mi interior estaba inquieto, por decirlo de una forma suave. No entendía que no completara todos los pasos del *naidh nac* lo más rápido posible. Me castigaba y se lamentaba cada vez que la tenía cerca y no hacía nada.

*Bésala.*

*Fóllala.*

*Sella el vínculo.*

Esas tres palabras habían empezado a sonar en bucle en mi subconsciente desde que la había mirado a los ojos por primera vez en Robabo.

Así que el picor en los nudos me era tan familiar como el cosquilleo en la parte alta de la espalda, donde deberían nacer mis alas, o el fuego latente deslizándose a través de mis venas y exigiéndome que básicamente lo incinerara todo porque todo me pertenecía. Los nudos solo eran un nuevo tipo de tortura.

Pero ¿tal vez había jugado demasiado con los límites del vínculo?

Ni siquiera Aberdeen o Pwyl sabían mucho sobre el *naidh nac*, la mayor parte de los conocimientos sobre los drakons se perdieron tras la guerra. Y antes muerto que ir en busca de Fionn para resolver dudas tan personales. Pero ¿y si al intimar con Alanna había empeorado la situación?

No pensaba arrepentirme, joder. Nada era tan glorioso, como un puñetero privilegio, como estar con ella, *sentirla* de aquella manera, que me permitiera provocarle placer.

Mi mirada se deslizó hacia el lugar exacto en el que había visto a Alanna, vestida de rojo como una diosa sangrienta, a los pies de un desgraciado. Ese momento me había estado atormentando una y otra vez desde entonces. Su posición arrodillada, una espada apuntando a su pecho, su mirada confusa...

El momento en el que me había reconocido y una chispa de alivio había brillado en sus ojos.

Y el devastador instante en el que ese sentimiento había muerto, aplastado por la traición. Un velo de inocuidad había caído sobre ella. Forzándose a sí misma a distanciarse, a no reaccionar, a no sentir. A no hacer lo primero que seguramente se le había pasado por la cabeza.

Que sabía, sin ninguna duda, que era ensartarme con la misma espada con que la amenazaban.

Algo de todo aquel suceso regresó a mí. Era como si estuviera reviviéndolo, a pesar de mis esfuerzos por relegar los recuerdos a un segundo plano. Como si hubiera regresado allí, al desfile, cuando había descubierto que Alanna estaba en peligro.

Al enfundarme el uniforme de la Cacería y la tiara del príncipe heredero, era mucho más que una simple vestimenta o un título. Ni siquiera era una interpretación. Me transformaba. Me convertía en él, en Setanta Ruadh. Con el paso de los años y tanto riesgo pendiente siempre sobre mí y sobre las personas que realmente me importaban, había aprendido a desconectar y casi no me suponía ningún esfuerzo.

Sabía lo que tenía que hacer y decir bajo la piel de Setanta, las crueldades que cometía por placer y los pocos sentimientos que debía mostrar. A aquellas alturas ya eran raras las ocasiones en las que, al volver a ser Maddox, me comía la culpa. Apenas vomitaba por los remordimientos.

Había veces que me sacaba la sangre de debajo de las uñas y tenía que hacer un esfuerzo por recordar a quién pertenecía, si la había derramado yo u otro. O era de esa manera, o alguien podía acabar muerto por mi culpa.

Como ya había sucedido en una ocasión, durante la purga en el palacio.

Por lo tanto, aquello no era normal. El corazón me latía como si hubiera empezado una carrera consigo mismo. Mi cuerpo estaba atento a alguna clase de peligro.

Pero no había ninguno.

La paranoia del rey sobre los insurgentes casi siempre acababa en meras sospechas. La capital estaba tranquila.

No había...

De pronto, *lo sentí*.

El desgarró, la conmoción, un tropel de sensaciones horripilantes cayendo en picado sobre mí. La agonía se coló como un viento llegado de lejos, algo ajeno, pero infiltrándose en mis huesos hasta confundirse como si fuera propio. De un momento a otro, no hubiera podido afirmar que aquella sensación no era mía.

Lo era, y no lo era.

Y eso solo podía provocarlo una cosa.

Sin darme cuenta, había caído de rodillas al suelo. Mis cazadores me rodearon, pero fue Gwen la que se inclinó junto a mí. Sage ladraba órdenes que era incapaz de escuchar.

Había otras voces...

Y su voz.

Era ella.

—... *Ha sido la excusa perfecta para... ¿te ha dejado entrar a sus aposentos? ¿... mientras le contabas todo?*

Había mucha ira. Mucho dolor. Nauseabundas oleadas de culpa, de espanto, de impotencia. Sentí quemazón en las muñecas, aunque, al mirármelas, no había nada allí.

Algo... El plan había salido mal.

Jamás debería haber permitido que regresara sola al palacio. Nunca era seguro, yo lo sabía mejor que nadie.

Sentí los dedos fríos de Gwen rodeándome el rostro, intentando que la mirara, que le explicara qué estaba sucediendo, pero no podía. Necesitaba concentrarme en Alanna. Averiguar cuanto pudiera.

Me desabroché a toda prisa la parte superior del uniforme, con dedos torpes y temblorosos. En cuanto toqué los nudos, cerré los ojos. Sabía que el naidh nac era una especie de puente. Una unión. Si la pareja así lo deseaba, podía ser muchas cosas. Un me-

dio de comunicación. Una fuente de energía. Una fusión de almas, del mismo oiw, en última instancia.

Alanna no estaba tocando sus nudos. De eso estaba seguro. Todo lo que me estaba llegando estaba dotado de urgencia, era algo extraordinario, un aviso. Como si el propio naidh nac quisiera ayudar, hubiera o no voluntad por parte de la pareja.

Tanto cuando ella me había tocado los nudos, en el salón de baile del castillo, como cuando yo se los había tocado a ella en la cueva de las Helther, la comunicación había sido una puerta abierta. Bien recibida, fácil, intuitiva.

Esto no lo fue.

Me abrí paso con uñas y dientes, me concentré en su voz, en su respiración, en el forzoso latido de su corazón. Me agarré con todas mis fuerzas a todos aquellos sentimientos y me impulsé a mí mismo a través de ellos. Aquello sí era una invasión. Me estaba labrando un camino en la mente de Alanna. Y aunque una parte de mí dudó, sobre todo por si aquello podía hacerle daño, no me detuve.

Hasta que empecé a percibir más cosas.

Más voces.

—*Si toco el punto exacto... ¿Es eso una señal? ¿Hemos provocado a tu compañero?*

La sangre se me heló en las venas.

Bran.

Estaba con Alanna. Mientras ella sufría.

Seguí el hilo de pensamiento de Alanna, ese pánico que la mantenía en vilo, y la sensación ardiente en las muñecas se multiplicó. Sabía lo que era. Hematita. Estaba encadenada. Y el olor... Sangre, mucha sangre, y brasas, y más personas, y un... ¿animal?

Caeli.

Me concentré tanto, intentando componer la imagen que todas aquellas sensaciones me proporcionaban, que por un instante *lo vi*: Bran, justo delante de mí. Observándome como si fuera una

pieza de exquisito y peculiar valor. Tenía un puñal en la mano. El puñal de Alanna.

Sus labios se movían.

—... *prefiero estar seguro de que recibe el mensaje y se da prisa.*

Y entonces la cortó, arrancándole un grito.

Y todo se desató en mí. Todo lo que llevaba bien guardado, enjaulado y que me había costado más de veinte años domar. Todo lo que era y no era, lo que había nacido para ser y por lo que siempre había estado destinado a morir en pos de algo superior. Algo mejor. Algo bueno y en lo que creía fervientemente.

Todo eso que Pwyl se había esforzado tanto por volver a enclaustrar después de que se formara el *naidh nac*. Aletargando al dragón. Convenciéndolo de nuevo de que, por más doloroso que fuera, debíamos agachar la cabeza y escondernos porque ese siempre había sido el plan. Porque el fin lo justificaba.

Prácticamente vi como mi sistema de creencias se desmoronaba, pedazo a pedazo, para luego construirse de nuevo. Todo estaba allí: la causa, mis amigos, Pwyl, Aberdeen, Ná Siog, Hibernia... Solo que tomaron otro lugar. Las prioridades cambiaron.

Y en lugar de sentirse como algo obligatorio, fue... liberador. Las piezas encajaron a la perfección, como si aquella siempre hubiera sido su verdadera forma y hasta ese momento yo las hubiera estado manipulando.

El dragón dejó de estar aletargado.

El cosquilleo en la espalda se apagó, siendo reemplazado por una fuerza poderosa que me ayudó a ponerme en pie de un salto.

El fuego en las venas se precipitó sin límites por mi cuerpo, desde las puntas de mis dedos hasta la cuenca de mis ojos.

Y algo en mi cabeza... Surgió. Se desperezó.

Eché un vistazo a mi alrededor. Gwen estaba despatarrada en el suelo, su rostro era la viva imagen del estupor. Sage estaba lanzándole una flecha a un cazador que se había atrevido a echar mano a sus armas.

—Palacio. La torre de Bran —fue todo lo que pude decir antes de batir las alas con la fuerza de un vendaval y salir despedido hacia el cielo.

No me hizo falta tocarme los nudos cuando pensé en Alanna y dije:

*Aguanta, sha'ha. Casi estoy ahí.*

Su respuesta, desesperada y rota, vino solo un segundo más tarde. Como si ni siquiera hubiera tenido que pensársela.

*No vengas. Es una trampa.*

En cualquier otra circunstancia, hubiera sonreído.

Tenía muchas cosas que aprender sobre mí si creía que eso me iba a disuadir de buscar y encontrar a mi compañera.

Todo era distinto ahora.